

Ese calambre

Luis A. Castro Gavelán

“Con su cansino andar cada mañana aparecía con su balde de metal. Algunas veces llevaba verduras, en otras, frutas. Pero siempre salía temprano, a eso de las siete, rumbo a Chiclayo para vender esos productos.”



Su edad era cercana los setenta años y como auténtica monsefuana vestía con el clásico capús negro y la blusa blanca satinada. Usaba siempre las famosas trenzas y para que no colgaran a sus espaldas se las acomodaba alrededor de su cabeza.

Siempre despertaba simpatía, su rostro quemado por el sol y adornado de arrugas por su edad llevaba la señal de una vida feliz. Derrochaba carisma, a su modo era feliz y por ello sonreía. Buenos días doña Juanita, acostumbraba decir la gente a este singular personaje que vivía en la calle César Vallejo.

En cierta ocasión ella subió al autobús rumbo a su cotidiana actividad en Chiclayo. Lo tomó en el parque, frente a la casa de la familia Chanduví y se posicionó cómodamente en el primer asiento, cerca de la puerta. El bus empezó su recorrido recogiendo pasajeros en cada cuadra, como siempre. Cuando llegó al cruce con la Panamericana Norte no cabía nadie más y el cobrador apenas podía ubicar su cuerpo dentro.

Veinte minutos después el autobús ya estaba ingresando al centro de Chiclayo, se internó por la avenida Sáenz Peña. De pronto se escuchó una voz firme y decidida: “Bajo en Aguirre” ... era el aviso de doña Juana que alertaba su deseo de terminar el viaje en la esquina de la calle Elías Aguirre con Sáenz Peña.

El cobrador confirmó la intención de nuestro personaje y gritó al chofer...” bajan en Aguiiiiirrrreee”.

Al instante, el conductor, haciendo eco de su cobrador, frenó el vehículo en la referida esquina. Alrededor de siete personas descendieron para permitir que doña Juanita hiciera lo mismo. Pasaron unos instantes y el cobrador se impacientó. “Baje pues señora que estamos apurados”, le gritó, conminándola a no demorar. Ella seguía sentada, sin inmutarse, mientras muchos rostros la miraban como queriéndole expresar que con su lentitud ellos también perdían su valioso tiempo.

Un nuevo grito del cobrador no cambió la escena, jamás sacó de su letargo a la anciana. Hubo una tercera llamada de atención que tampoco logró su cometido y el cobrador desesperadamente gritó de modo imperativo...” oiga señora, baje o nos vamos”. Entonces doña Juanita, en medio de su abstracción y la modorra tuvo una respuesta que fue como un bálsamo para los pasajeros: las risas y carcajadas no se hicieron esperar y contagiaron a los presentes, incluso el chofer celebró la ocurrencia. Ella gritó a viva voz, como un estruendoso trueno. Dejó de lado su acostumbrada sonrisa, su candidez, para vociferar la razón de su inmovilidad. La voz del escarmiento se oyó clarito ¡espéreme pues so carajo, no ve que me ha dado un calambre!

“Los aguerridos”: fútbol de ensueño

Luis A. Castro Gavelán

“ Parecían músicos tocando la misma partitura, pero en un campo de fútbol. Eran quimbosos, unos verdaderos artistas pintando su mejor acuarela con el balón en los pies. ”



Ellos enarbolaron el nombre de Monsefú —deportivamente hablando— en un sitio importante, de respeto; nos dieron muchos lauros y fueron los campeones “morales” de la Copa Perú en su edición 1980. Por eso en esta nota nuestro homenaje a los siempre recordados “Los Aguerridos”, la escuadra naranja que

cosechó los mejores elogios de la prensa nacional luego de su exitosa campaña que empezó desde nuestro viejo estadio de la avenida Venezuela, pasando por terrenos deportivos de grama o tierra, localizados en los departamentos de Lambayeque, Piura, Tumbes, Cajamarca y que terminó en el gramado del estadio Nacional de Lima.

Desde los primeros años de mil novecientos, la época de los White Star con los hermanos Lucho, Ernesto, Delfín y Jorge Raffo; Augusto Gonzáles, David Arraguí, Miguel Chereque, Marco Boggio y otros, que consiguieron ubicar a Monsefú en un lugar expectante del deporte nacional con sus triunfos en el baloncesto; jamás habíamos vuelto a hacer noticia hasta la rutilante aparición de “Los Aguerridos” con el capitán: el “cholo Mell”, Roque Muñoz, Samamé, Marcos Guevara, el “chato” Celis “y toda la institución futbolística que lideró el doctor Eusebio Cachay.

Precisamente uno de esos protagonistas, mi orgullosamente primo, Marcos Guevara, nos narra una anecdótica experiencia que pocos conocen y forma parte del sinnúmero de aventuras y peripecias que vivieron aquellos deportistas para llegar al sitio del que ahora nos ufamamos.

Estaban de moda, era la época que solicitaban a “Los Aguerridos” para animar tardes deportivas en muchas ciudades de la región. El presidente, el doctor Cachay, pactó un encuentro en la cajamarquina ciudad de Jaén, distante a unas seis horas de Monsefú. La delegación de 25 personas, entre jugadores y dirigentes se transportaron en un bus. El viaje fue medianamente incómodo porque la carretera por aquellos tiempos no estaba asfaltada, solo era tierra afirmada y por añadidura, había que hacer una travesía subiendo cerros con precipicios.

Casi al terminar el sábado arribaron a Jaén y se condujeron a un hotel. Al día siguiente, por la tarde, tuvieron un encuentro con un seleccionado local y –cuando no - triunfaron por 3 a 1. El estadio estuvo lleno y una cantidad de monsefuanos residentes en esa ciudad, muy emocionados, prepararon una cena para sus ídolos. Después de ducharse y cambiarse de indumentaria, acudieron a las 7.30 pm. hasta un céntrico restaurante. El guiso estuvo delicioso y el entrenador Abraham Calderón autorizó una botella de vino y unas cuantas cervezas para amenizar la noche. Dos horas más tarde, Santiago Samamé y el golero Elcolobarrutia preguntaron por la hora de retorno. “Profe, es mejor salir temprano porque tenemos que trabajar mañana”, dijeron al profesor Calderón.

La interrogante fue escuchada por el delegado Joel Saldaña y éste miró extrañado a dos de los organizadores del espectáculo ahí presentes. Las miradas se llenaron de desconcierto, había ocurrido una terrible descoordinación y no se tomó en cuenta el bus de retorno. Todos se levantaron de sus asientos sumamente alarmados. Casi la totalidad de los futbolistas debía incorporarse a sus trabajos la mañana del lunes.

Los jugadores Chavarry, Cañola y Vélez se llevaron las manos a la cabeza cuando escucharon una respuesta indeseable. La movilidad jamás fue coordinada y uno de los presentes, de apellido Tantaleán, confirmó que los buses a Chiclayo no salían diariamente y que debían esperar

hasta el próximo martes. El presidente de la institución, el doctor Cachay, ya había emprendido el retorno a Monsefú en su propio auto.

Eran casi las nueve y media de una noche veraniega, las calles estaban oscuras y casi la totalidad de los negocios tenían cerradas sus puertas. La imposibilidad de conseguir un bus sucumbió los ánimos de los jugadores. Muchos corrían el riesgo de ausentarse de sus trabajos y, por ende, ser despedidos... cundió la desesperación.

Todos al unísono acordaron que el retorno debía producirse esa misma noche y las opiniones para emprender el anhelado retorno tuvieron diverso matiz. Estaba claro que ningún bus iba hacia Chiclayo, que esa alternativa estaba sepultada. Dentro del cúmulo de posibilidades pensaron abandonar Jaén a pie y llegar al cruce de una vía donde esporádicamente podían aparecer algunos vehículos de transporte.

Ahora Marco Guevara habla en primera persona: “la mayoría éramos deportistas y una caminata de cinco horas a ese sector lo estábamos contemplando. Sin embargo, se desistió por el peligro de la zona, así como la presencia del personal auxiliar y algunos dirigentes que difícilmente iban a seguir el ritmo de la caminata. Alguien dio una opción un tanto descabellada, pero al fin era una luz de esperanza. “No importa, nos vamos como sea”, dijeron muchos de mis compañeros. Pude avizorar algunas sonrisas, ciertas expresiones de duda, algún gesto de resignación, algunas

ofrendas a Dios, movimientos con la mano haciendo la señal de la cruz. Eran las diez de la noche y apareció ante nuestros ojos el milagroso vehículo que nos transportó.

Apurados, empezamos a subir uno tras otro y en contados segundos no había espacio para nadie más. Alrededor de quince personas aún faltaban subir, la delegación estaba incompleta. Entonces todos volvieron a bajar y concertamos que los más fuertes debían sentarse y llevar encima suyo, en sus piernas, a otros compañeros de menor peso. Apretados y totalmente incómodos iniciamos el retorno por la polvorienta carretera Jaén - Chiclayo.

El vetusto vehículo, nuestra única salvación, resultó ser una camioneta para transportar materiales de construcción, con una cabina para el conductor y dos pasajeros más. La parte de atrás, descubierta y rodeada de barandas tenía un reducido espacio para apenas diez personas paradas, era la única alternativa. Luego de sendos reacomodos alcanzamos todos, más de 25. La “naranja mecánica” iba literalmente dentro de una “lata de sardinas”. Muchos propietarios pintan sus vehículos con alguna frase en la parte trasera, en el guardafangos, y ese carro de carga no se salvó. Con letras negras tenía un dicho cachaciento que nos hizo reír: “Qué culpa tengo yo”.

El viejo vehículo de transporte tenía las llantas muy gastadas y temíamos lo peor, que pudiera sufrir algún desperfecto, que nos abandone a mitad

de camino. Fuimos más cristianos que nunca, oramos, nos encomendamos constantemente al santo de nuestra devoción, al Todopoderoso.

Al cabo de media hora y entre trochas y senderos, con caminos llenos de huecos a consecuencia de las fuertes lluvias que azotan la región, la camioneta recorría su destino dando tumbos, excedida en su capacidad de peso y trasportando a “Los aguerridos”, a todos los integrantes que estaban más aguerridos que nunca, intentando salir airoso de aquella odisea.

Entonces aparecieron los calambres en las piernas, los deseos de reacomodarnos, de estirar los pies, pero era imposible. Parecíamos una masa humana que lentamente perdía su capacidad de

resistencia conforme pasaban los minutos. Y así sucedió todo el viaje, con signos de dolor, con una constante preocupación. Exhaustos después de un partido de fútbol y comprometidos con un reto mayor: viajar atiborrados y en inhumanas circunstancias. Muchos querían abandonar, otros mostraban síntomas de absoluta fatiga; pero algunos compañeros se dedicaron a dar ánimo. ¡Y así seguimos...y así llegamos!!

A las seis de la madrugada, luego de ocho largas horas apareció ante nuestros ojos una luz al final de túnel. Totalmente extenuados sentimos la sensación de haber formado parte de una proeza, de haber recibido una gracia divina. Bajamos con los rostros y ropas totalmente llenos de polvo, blancos, parecíamos unos “fantasmas”.



Este es el primer equipo de Aguerridos de Monsefú. Entre ellos están el “pelao” Niquén, “cabrita” Lores, Argimiro Flores, Orderique, Benito Gonzales, Elio Cruz G., Walter Pacheco, Enrique Cachay. Hincados: Pedro “pibe” Beltrán, Oscar Guevara, el “cholo” Rafael Salazar, Marcos Guevara, Dávila, Héctor “coja” Uceda

El Cosmonsefuano

Alfredo José Delgado Bravo



Luis A. Castro Gavelán

“ Siempre se dedicó a la docencia y se casó virtualmente con las letras. Sus segundas nupcias fueron con una fémina chiclayana, pero monsefuana de corazón, doña Alicia Elías, a quien cortejó alrededor de 10 años. ”

Monsefú fue su cosmos, y su madre aquel piélagos eterno de inspiración. Fue el trovador eterno, el cantor de las campiñas, el rapsoda de nuestro costumbrismo y el juglar que ensalzaba al santo protector, el Nazareno Cautivo.

Pero también fue el poeta que encandiló con su verso recordando a su madre, su preceptora e inspiradora, en medio de su aflicción.

Algunas veces, en mi época de adolescencia, lo observé avanzar pausado, con su cansino andar por la avenida 28 de Julio, y no porque era tardo, sino porque este amante de la literatura de rostro atezado, solía andar y leer a la misma vez, como tratando de ganarle tiempo al tiempo.

Nació un 4 de marzo de 1924 y su madre, doña Carmela Bernarda Bravo, decidió escoger su nombre. Y le puso Alfredo,

como su esposo y padre de la criatura; y José, en homenaje al compañero de la Virgen María, que tuvo por oficio carpintero, como lo era el progenitor.

Desde muy niño fue un dechado de los buenos modales y el respeto, y tal vez eso influyó para que su madre lo llevara desde niño a la caleta Santa Rosa, lugar donde ejercía la docencia. Y mientras la autora de sus días daba clases, él paseaba a orillas del mar. Por eso – cuando adolescente- su mamá le regaló una máquina italiana “Olivetti” y Alfredo dejó los papelitos fortuitos y lapiceros de tinta china; y echó a andar esa vena artística que lo hizo ganar muchos premios y el reconocimiento del Perú literario. La casa Ruana, Las horas naturales, Historia íntima de la tierra y el mar, Canto Labriego junto al mar, son algunos de sus poemarios. Pero muchos se identifican con el soneto “Mi vestido marinero”, donde evidencia su

atávico estilo, la sutileza de su expresión y ese límpido mensaje.

Egresado de la universidad de San Marcos, Lima, Delgado Bravo alternó con muchos de los representantes de la literatura peruana de los 50 y los 60. Siempre se dedicó a la docencia y se casó virtualmente con las letras. Sus segundas nupcias fueron con una fémina chiclayana, pero monsefuana de corazón, doña Alicia Elías, a quien cortejó alrededor de 10 años a través de cartas, cuando él, por motivos de trabajo, tuvo que radicar por mucho tiempo en la tierra de los viñedos, Ica.

Doña Alicia fue el amor de su vida. Las románticas misivas tuvieron eco y ambos contrajeron nupcias. Su esposa aceptó esa implícita atadura de Alfredo José con la literatura y con ella, -por supuesto- y de ese vínculo nacieron Iván, Magali, Alicia Carmela, Dulce María Bernarda y Erika.



“Fue un padre a todo dar. Su presencia, su buen humor y ese optimismo siempre se constituyeron en el sello de su personalidad. Le gustaba leer mucho y ostentaba una biblioteca que cada mes

se incrementó con ese presupuesto que él hacía para su familia y sus libros”, recuerda con cariño Alicia Carmela, una de las hijas del vate.

Como padre fue juguetón, consentidor y apenas llegaba de dictar clases se sacaba la corbata, arrojaba el saco al sofá, se ponía cómodo y gritaba algo así como ...el torooó, el torooó...y esa era la señal para recuperar el tiempo perdido con sus hijos, era el momento del disfrute con sus descendientes. Entonces sus retoños debían esconderse y él empezar a buscarlos, mientras doña Alicia decía... frío, frío; o tibio y caliente, para alertar si Alfredo José se acercaba o alejaba del objetivo oculto. Todo terminaba en fraternales abrazos y besos, risas y momentos joviales.

Tenía predilección por inspirarse durante la madrugada. A esa hora se escuchaba el teclado de su “Olivetti”, pero sus hijos ya estaban habituados con ese singular sonido y seguían durmiendo. El poeta César Vallejo fue uno de sus estímulos, pues coincidía con él en eso que “el tiempo y la muerte son inmortales”; pero también le gustó la obra del escritor ruso León Tolstói, ese que decía “canta a tu aldea y serás universal”. Puso su pluma a su aldea, al servicio de Monsefú, su pedazo de terruño, su mundo, su cosmos... su COSMONSEFÚ, como finalmente denominó a la “Ciudad de las Flores”.

Junto a mi padre hicieron “Bolondrones y socotrocós”, esa temida columna periodística que ningún político o personaje se salvó. Ellos “tomaban el

pelo” a diestra y siniestra, con un humor fino y pulcro. También escribió en “Horizontes” y “Claridades”, así como en otros quincenarios de la época.

Como maestro dictó cátedra principalmente por las aulas del colegio San Carlos de Monsefú y el glorioso “San José” de Chiclayo, en cuyos lugares dejó su inmensa huella como poeta y ser humano. Detestó desaprobador a sus alumnos, hacía lo imposible por terminar como el malo de la película.

Una vez, un empleado administrativo del colegio “San José” fue a su encuentro y le dijo que el director quería hablar con él. “Profesor Delgado, estoy revisando su registro de calificaciones y hay un error grave que debe usted solucionar. Yo sé que no le gusta “jalar” a los alumnos, pero ¿cómo es eso de poner 18 a un estudiante que ya falleció?”, dijo la autoridad educativa. Entonces nuestro personaje, con esa hilaridad que lo caracterizaba, replicó: “No se preocupe director, ese es mi homenaje póstumo para ese buen muchacho”, ante la risa de todos los presentes.

En otra ocasión algún delator comunicó a la dirección del plantel sobre un estudiante que había llegado tarde y fue autorizado por el profesor Delgado a ingresar por una de las ventanas. De hecho, fue llamado a descargar esa acusación, pero él sin inmutarse, respondió haciendo eco a cierta teofanía divina: “Mi querido director, es mejor que entren por la ventana a que salgan por ahí. Deje que ese joven estudie, está interesado en ser mejor

persona que su confidente”, se justificó mesuradamente ante la autoridad que, un tanto sorprendido, volvió a escuchar al trovador: “El humor es una filosofía de la vida” mi querido colega. Todo concluyó con un apretón de manos.

Por estas y muchas razones fue muy querido Alfredito, por su carácter bonachón y enjundia que exhibía en cada uno de sus actos. Por eso lo evocan sus familiares, estudiantes y su querido Monsefú. Cada vez que escuchamos el himno a la “Ciudad de las Flores”, de su autoría, viene a la memoria de los monsefuanos la imagen egregia de don Alfredo y su alma de bardo con experticia para transmitir y despertar emociones.

Quiero cerrar esta crónica con una anécdota de Carmelita, quien trajo a su memoria los días de su infancia en que su padre acostumbraba llevarla de la mano para que ella – toda “mataperra” y traviesa- se bañara en la acequia que estaba detrás de la estación del tren. “No creo que haya sido su engreída, nos quería a todos por igual, pero cuidaba de mí un poco más, tal vez por mi carácter de “palomilla”. Pero añoro esas vivencias, su consentimiento, sus ganas de mimarme. Siempre estuve a su lado, hasta los últimos instantes de su vida, aquel 3 de octubre del 2008. Fue a mí a quien lanzó esa tierna mirada mientras besaba su frente. Fue a mí a quien dijo... adiós para siempre, lo atisé en sus ojos, esos que, a los pocos instantes, se cerraron para siempre, en su lecho de muerte”.